

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { 3 trimestre..... 2,50
 { 1 año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { 3 semestre..... 6
 { 1 año..... 12

EL RETABLO POLÍTICO

—Señor mío, ¿deja vuesa merced que entre acá el compadre, maese Mateo, con su retablo y su mono adivino y nos gozaremos divirtiendonos un poco?

—¿Qué maese Mateo es ese, y qué maquinarias trae y qué monos adivinos, y en fin, qué baranda es esta que me vienes arrojando, Sancho, tan a deshora y cuando no tenemos el ánimo para mojigangas ni para boberías?

—No, si no tome por boberías el saber ahora lo que va a suceder mañana ó esotro. ¿Pues y dónde me deja vuesa merced el retablo de figuras, tan bien trabajadas, que remedan ser vivas?

—Sancho, bien está que no nos apoquemos ni mostremos desmayado el ánimo ya que la fortuna no sea tan buena y tan diligente con nuestros soldados como fuera de desear; pero no es noble que por hacer alarde de firmeza y serenidad, riamos y dancemos cuando hay españoles que están en estos momentos dando su vida por la patria. No pasaríamos por hombres de buen temple sino por necios despreciables, si tal hiciéramos. En el campamento nos halláramos, en las naves que están para combatir, y aunque mucha fuese la algazara y extremoso el regocijo nuestros, honor serían; que el contento del soldado prueba es de ardiente fiereza y de aquella serenidad de ánimo propia de varones excelsos.

—A lo que entiendo, vuesa merced no conoce a maese Mateo; de cosas de guerra son las adivinanzas del mono y a eso mismo van encaminados los juegos de su retablo.

—A su negocio irá el tal que no a otro asunto. Acuérdate de aquel otro maese Pedro con otro mono y otro retablo, con todo lo cual, no atendía sino a engañar tontos y a arrebanar bolsas. En fin, veamos, y acabe pronto.

—Ha de saber vuesa merced que el mono ha dicho que hay guerra, y que no tenemos bien defendidas nuestras plazas, y que no tenemos barcos, y que no es posible ser como Dios y estar en todas partes, y....

—¡Basta! Sancho, que no sé yo qué tenga de adivino el mono si eso dice, y a la verdad que vale menos éste que el otro de maese Pedro; que aquél, bien recuerdo que supo decir quién era yo, y éste ignora quién soy yo y aún quienes somos los españoles.

—Poco ha dijo que no habría guerra.

—¡Voto al diablo! ¿y a eso llaman mono adivino? No serán muchas las ganancias que a maese le dé el tal bicho. Antes crearán las gentes que quiere burlarse de ellas y le mandarán a él, a su mono y su retablo a los infiernos. ¿Por qué se ha hecho la guerra si no tenemos armas? Y bien claro está que en decir que no habría guerra se engañó como un mono ó quiso darnos mico.

—Razón tiene vuesa merced. Pero, ¿sabe vuesa merced lo que me dice maese Mateo? Pues dígame que ahora manda su mono a paseo.

—Tiempo ha que debió haberlo hecho. Mas, veamos ese retablo, que no estoy para mucha distracción.

—Yo mismo mostraré a vuesa merced el retablo, pues me sé de corrido la relación. Descorro la cortina, vea y oiga vuesa merced y no me interrumpa, porque si me interrumpiere, luego de contado se me irá todo de la memoria, que no he de dar con ello más en toda mi vida. Esta verdadera historia está sacada de las crónicas parlamentarias y de los extractos de los periódicos que venden los muchachos por las calles. Trata de lo que hacen Mateo y su gente y de lo que hacen todos los políticos para sacar a España del atolladero en que él y la gentualla esa la han metido, que hoy se ve mortificada por los marra... los cer... los gua... los cochinos yan... No sé como decirlo sin faltar a lo que la decencia pide; pero ya vuesa merced me entiende. Vea vuesa merced como Mateo se está rascando la barba, según aquello que canta:

«Rascándose está la barba don Mateo,
que ya de Segismunda está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma con casco en la cabeza, es D. Arsénico, el cual, al ver el descuido de Mateo le sale a reñir diciéndole:

«Harto os he dicho, miradlo.»

Mire vuesa merced cómo Arsénico vuelve las espaldas y cómo Mateo quiere tirarlo todo a rodar y pide prestado a Paca la Sinveda el puñal florentino, que ni pincha ni corta. ¿No ve a aquel mozo que callandico hasta ahora, abre la boca y se queda sin decir cosa alguna? Es Casca-Tejas (enano de la venta).

Ese otro es Pella, el más insufrible parlanchín que el diablo, que no Dios, ha echado a este mundo para volvernos locos. El gordo aquel, es un acaparador de cuanto trigo da Castilla, y a toda esa gente sirven los zascandiles esos que ve vuesa merced y que andan dando vueltas al rededor de todo; los de la gran circulación, vociferaron antes pidiendo guerra y guerra, y diciendo que el enemigo no tenía barcos y que no quería meterse con nosotros y otras mentiras por tal estilo y ahora, sin duda, se dedican a preparar la harina para que algunos sean quienes fueren y hagan el gran pastel.

—No consentiré yo que en mis días se haga tal superchería y que así se burlen del pueblo más noble de la tierra y del ejército más valeroso del mundo. ¡Largo de aquí, tropa de hambrones, y de glotonas que unos por que perecéis de famélicos, y otros por que nunca os visteis hartos, sois todos fulleros, enredadores y traéis a la nación engañada por atender a vuestros provechos. ¡Juro en mi alma que sacaré la espada y os daré el merecido que os cabe por pícaros malandrines que todos sois; pero no ha llegado la ocasión, y antes conviene ocuparnos de la honra de la patria y de desengañar a los que se sienten abatidos por la prensa alquilona y por los políticos. Tiempo vendrá, y no ha de tardar mucho, en que no quede de todos estos faranduleros ni uno solo donde pueda hacer daño, y yo me entiendo. Sigue, Sancho, la relación.

—¿Seguir? ¿Pues no dije a vuesa merced que en el momento mismo en que vuesa merced diera en interrumpirme, se me había de ir de la memoria toda la narración? Bien se lo advertí a vuesa merced; tengo muy flaca la memoria, y por lo tanto quebradiza, y vuesa merced me la ha roto, de modo que no tendrá composición cuando más que he de decir que aborrezco ya la historia y la mogiganga éstas, tanto como vuesa merced.

—Sancho, así te quiero ver y eso quiero oír de tus labios. Alienta Sancho, que por mal que las cosas vayan, preferible es vivir en el infierno que no estar más tiempo en el pantano en que hemos estado sumidos durante tanto años.

Ya hablarán la nación y el ejército, ambos mostrarán cuál sea su voluntad soberana, y con el irresistible empuje de sus portentosas energías, con la grandeza con que siempre reveló su pensamiento y sus elevados sentimientos, decidirá de su suerte, humillándose tan solo ante lo único que sobre ella hay, ante Dios, pero alta, porque puede estarlo, pues ha conquistado y ha cristianizado el mundo, y así reaparecerá tras esta noche nebulosa, refulgente como el sol.

PROCLAMA

¡Señores, calma, firmeza
y serenidad de ánimo,
que por mucho que trepide
no se hunde el globo terráqueo!
Cualquiera que sea, al fin,
de la lucha el resultado,
seguirá dando la tierra
trigo, maíz y garbanzos.
Hoy todos los españoles
estamos muy obligados
a sacrificarlo todo
en aras del amor patrio.
Mostrar en estos momentos

platónico amor metálico,
es dar una prueba triste
de egoísmo desdichado.
Si ante la impresión primera
alguno pudo abrigarlo,
ya habrá desaparecido
de su corazón hidalgo.
No hay español que no sienta
de la patria sus agravios
y que no se sacrifique
por ella con entusiasmo.
El dinero se repone
con el constante trabajo;
pero el honor que se pierde
jamás es recuperado.
Vean a España con honra
los pueblos civilizados,
aunque para conseguirlo
nos quedemos sin un cuarto.
Si está de Dios que nos vengán
en la lid esos marranos,
que no sea, ¡vive el cielo!
sin que les cueste muy caro!

LA YANCADA

(Poema casi épico.)

I

Aconteció que un pueblo de mercaderes de largo hocico, enormemente ventrudos y mal olientes, allá en un rincón virgen del planeta, donde los árboles llegan al cielo rebosantes de dulcísimos frutos y los ríos llevan oro en sus arenas, acordaron, después de opíparo banquete, en la delectación del estómago harto, extender sus dominios en la lontananza dorada por el poniente sol, más refulgente y poderoso en aquellos climas de fuego... Y fué jurado. La bendita tierra, cuya soberanía afirmaron con sangre cuatro generaciones de héroes, caería en sus manos... aunque el olfato de la humanidad se resintiese en aquella ráfaga inmundada conque amenazaban azotar al mundo sus ventrudas y hocilargas huestes.

II

No fué un atropello... No fué una invasión... Fué la yancada. Armados hasta los colmillos de poderosas armas y trebejos de destrucción, en barcos colosales, cuyas proas cortaban el mar con majestad tremenda de colosos, llegaron a la bendita tierra. Los héroes salieron a su encuentro en frágiles barquillas, armados de valor y heroísmo, ya que no disponían de otras armas para acuchillar a la jactanciosa piara. Terrible fué la lucha. Triunfó la fuerza. La piara gruñó un himno y la noche tendióse misteriosa sobre sus báquicas orgías, en aquel mar rizado que la luna teñía de plata. Cuando amaneció un ronquido poderoso llenaba la inmensa calma del mar.

III

Y consumaron su obra.

Al siguiente día, ligeras navecillas brotaron de los costados de las grandes naves, llenas de masas grises que se agitaban inquietas, olfateando con fruición bestial el rico manjar que a su vista estaba, medio velado entre frescos jardines... Llegaron a la playa. Los jefes ordenaron y dispusieron el movimiento de avance. La piara se esparció en pelotones alineados, y avanzaron tierra adentro. Reinaba pavoroso silencio. Una brisa fresca y perfumada traía a las huestes hábito tentador de vergel encantado. Nadie les salía al encuentro; todo en derredor parecía exánime.

De súbito agitó el aire un vaho particular, distinto del oloroso que los jardines enviaban. El ejército enderezó las orejas, respiró ruidosamente, y desoyendo las voces de sus jefes, partió con desatinada carrera abandonando armamento y equipo en la loca busca de algún hartazgo que el olfato le anunciara... Erase un inmenso estercolero. La piara tendióse en el gruñendo de satisfacción. De súbito surgieron soldados... El ene-

DON QUIJOTE



Frente á frente.



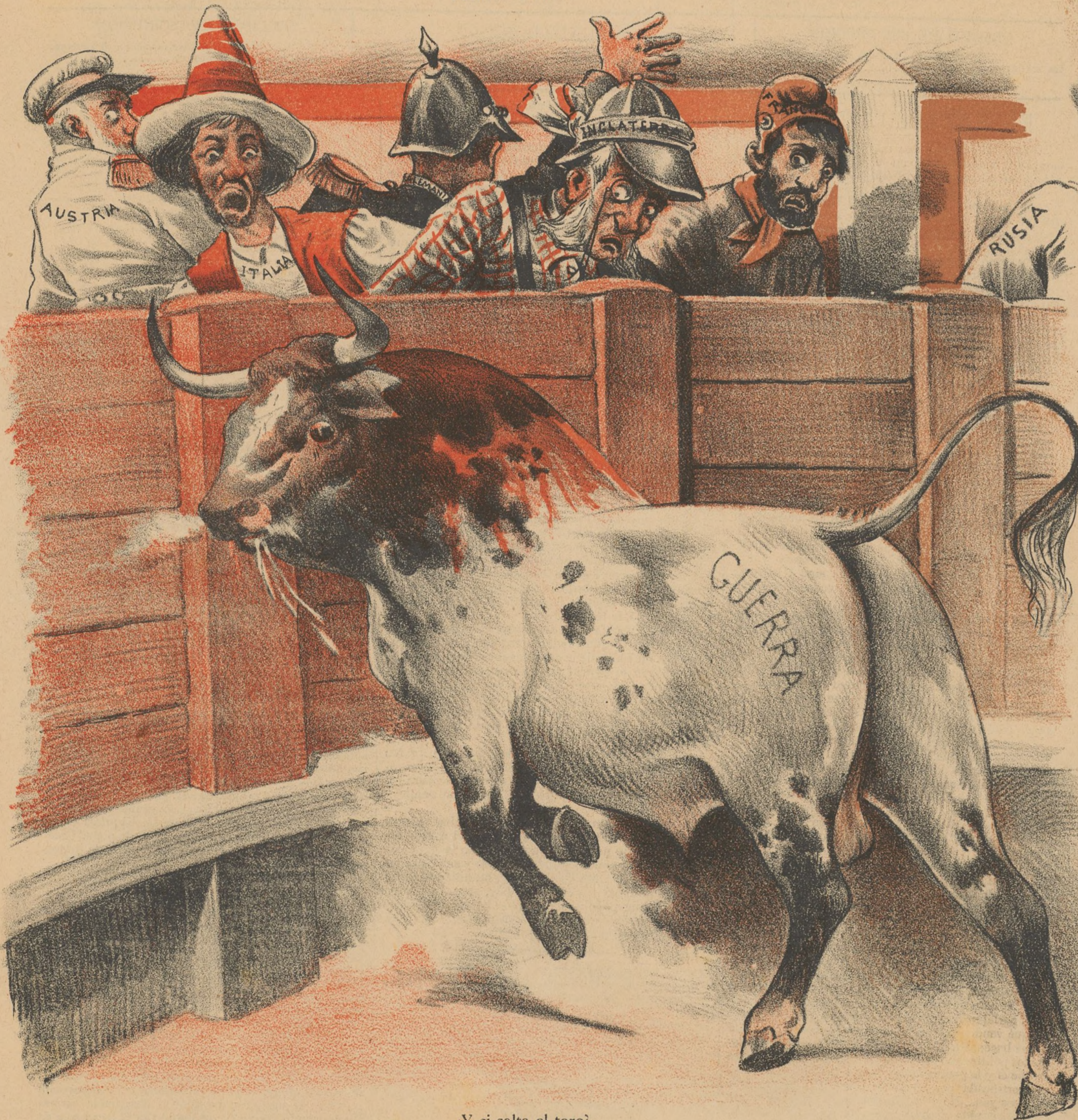
¿A quién se le colgaremos?



—¡A casa, que llueve!



¡Remedio de actualidad para nuestros políticos! ¡Gran barato!



Y si salta el toro?



—¡Le advierto que a mi no se me ataga eso, ocurra lo que ocurra!



¡Lo que faltaba!

migo, que aprovechaba aquel sopor inundo de sus huestes invasoras para acuchillarlos sin piedad... Epopeya sin ejemplo. Todos murieron bajo el hierro del pueblo insultado, cumpliéndose así el fatal destino de las hocieladas huestes: Morir á cuchillo... Y, ¡oh, extraña influencia de las grandes hecatombes! Aquella matanza produjo en los países del otro hemisferio brusca é imponente invasión de jamones, embutidos y otros mil manjares regalados y sabrosísimos... La yacada tuvo su epílogo en las carnicerías de la vieja Europa.

LA SITUACIÓN

Todo vacila y amenaza caer... El estado de sitio declarado en las cuarenta y nueve provincias. El motín rugiendo en todas partes. El Gobierno en crisis. Moret pidiendo á las Cámaras que se declaren en Convención. Silvela, lívido de alegría, creyendo tener ya en sus manos el poder, amenazando con una liquidación vergonzosa, como solución única para España. Y la opinión intranquila, sobresaltada, sin tener noticias de la guerra, en espera siempre de una nueva catástrofe.

—¿Qué va á pasar aquí?

LA MUERTE DEL MARINO

Cuando en su carro estridente
promulga Marte la guerra,
se alza el soldado de tierra
y corre á morir valiente.
Pero lo matan de frente
en el campo militar:
no así el soldado de mar,
que burlando su heroísmo,
¡lo sepulta en el abismo
un torpedo al reventar!

MARCOS ZAPATA.

EL HAMBRE

—Yo temo mucho á la guerra...
—No diga usted eso, padre,
porque si se entera alguno
dirá que es usted un cobarde.
—¿Cobarde yo? No, hijo mío;
por la patria doy mi sangre.
¡A la guerra que yo temo
es á la guerra del hambre!

VICENTE RUBIO.

LA PATRIA

No digas que te perteneces: el tiempo, la vida, los bienes, nada es propiamente tuyo, sino de la patria.—*Gresset.*

—No hemos nacido para nosotros, sino para nuestra patria.—*Cicerón.*

—Amamos á la tierra que nos ha visto nacer, como si fuera nuestra propia madre.—*Rendón.*

—El desterrado, decía Lamennais, está solo en todas partes.—«¿Qué hermosos árboles! ¿Qué flores tan bellas! exclama; pero esos no son los árboles, esas no son las flores de mi país: nada dicen á mi corazón!»

—¿Hay algo más bello que amar á la patria? ¿Hay algo más terrible que perderla? ¡Oh amor del país natal! ¡Dón más precioso que el oro! Nada puede extinguirse en el corazón humano. Tu poder es tan grande, que arrastras invenciblemente á los emigrados á volver al suelo en que nacieron aunque allí los espere la muerte.—*Roberto Blondel*, poeta del siglo quince.

—El patriotismo habita lo mismo en la cabaña del rústico que en el palacio del potentado.—*Lamartine.*

—Todo hombre honrado es amante de su patria.—*Voltaire.*

—Sirve á tu patria desinteresadamente, en virtud del propio amor que se le tiene; con servirla bien, te hallarás suficientemente recompensado.—*Lakanal.*

—Los que piadosamente han muerto por la patria son, en justicia, acreedores á que los pueblos, reunidos en torno de sus sepulcros, oren por ellos. Al par de los nombres más insignes figuran los suyos coronados de laurel. Toda gloria es efímera ó se eclipsa ante la gloria de los que mueren por la patria. La voz del pueblo, como un arrullo materno, los aduerme en la tumba.—*Victor Hugo.*

—Para servir bien á su país no es necesario tener una cuna ilustre.—*Voltaire.*

—Quisiera que los nombres de los que mueren por la patria fuesen conservados en los templos y grabados en registros que formaran la fuente de la gloria y de la nobleza.—*Montesquieu.*

LANZADAS

Un periodiquín de esos que publican extraordinarios con noticias falsas, ha cometido la majadería de fingirse indignado con DON QUIJOTE por la campaña que venimos haciendo contra los Estados Unidos.

¡Pero por Dios, insignificante y pudibundo papel!
¡Ni que fueras órgano de los yanquis!

El patriotismo en la Habana.

En las principales calles de aquella población se han fijado pasquines en los que se lee:

«Se venden camisas de mujer para los hombres que se marchen.»

Si, nos parece muy bien.

Que cada uno vista el traje que se merece.

¿Lo ven ustedes?

Los periódicos italianos publican el siguiente telegrama oficioso de Roma:

«Algunos periódicos han insinuado que la Santa Sede se inclina en favor de uno de los actuales beligerantes, (España y los Estados Unidos).

Considero superfluo desmentirlo. La actitud de la Santa Sede es conocida. El Papa solamente desea la paz.»

—¿Qué amigos tienes, Segis!

La escuadra norteamericana.

En más de un acorazado
se ha gastado su dinero
aquel pueblo vocinglero,
porque un día en el Senado
cierto senador, que ladra,
en un patriótico arranque
dijo:—¡Aquí en el pueblo yankee
todo escuadra, todo escuadra!

Las cuarenta y nueve provincias de España han sido declaradas en estado de sitio.

Pero no hay que quejarse.

Porque ya Capdepón, adelantándose á los sucesos, ha dicho:

—¡Ya llegaremos al recurso supremo de aquel general que arreglaba todos los asuntos con *cuatro tiritas!*

¡Oh, el feminismo!

«El ardor bélico de las americanas se está probando ante los peligros de la guerra, y están deseando pelear al lado de sus hermanos ó de sus maridos.

«En estos momentos se está organizando un escuadrón de mujeres soldados para ir á la guerra de Cuba.

«El comandante es la señorita Adams, que monta admirablemente á caballo, y es de una destreza rara en el uso del revólver. Sus oficiales son intrépidas Amazonas, en su mayoría riquísimas, y dispuestas á gastar toda su fortuna por la causa de los insurrectos cubanos.»

Temblemos por la suerte de esas heroicas mujeres.

Porque ya verán ustedes lo que hacen nuestros soldados con ellas inmediatamente que las tengan á tiro.

Las derriban en tierra.

Y las pasan por las armas!

Para la suscripción nacional:

Corrida patriótica.

Tiro de pichón... patriótico.

Funciones en los teatros.

Festival en el Retiro.

Etcétera, etc.

¡Todo se ha perdido menos... el humor!

Se habla de la formación de un Ministerio *chico*, presidido por el Sr. Sagasta.

¡Pues entonces entrará en el Auñón!

Ha regresado á Madrid el *pacificador* de Filipinas, Sr. Primo.

Y el hombre todo asombrado
declara al que quiere oírle,
que le han sorprendido mucho
los sucesos de Cavite.

La célebre Evarista Cisneros ha solicitado ir con el ejército invasor á Cuba.

Repitamos la ingeniosa frase de Marcos Zapata:

—«Pero esa mujer no es una americana, es un chaleco!»

Se han encarecido, según nos advierte *La Correspondencia*, todos los artículos de primera necesidad.

Pero lo que dirán los estómagos hartos:

—«Mientras no suban los de segunda!»

Yo me arrimé á un pino verde
por ver si me consolaba,
y el pino me preguntó:
—¿Pero dónde está la escuadra?

Libros:

De qué manera se pierden las fortunas, y cómo se administra justicia, por D. Simón de las Rivas.

Recomendamos la lectura de este folleto á los partidarios de que Montero Ríos forme Gobierno.

SENSATOS Y LOCOS

Allá por 1803.

—Buenos días, D. Nicanor. ¿Qué novedades hay?

—Calle usted, D. Gaspar, vengo horrorizado.

—¿Pues qué sucede?

—Que los españoles se han vuelto locos. Parece que se proponen la ruina y la desolación de la patria.

—¿Cómo es eso?

—Le parece á usted pequeña locura querer resistir el poder colosal de Napoleón? Mire usted, yo no consiento que me llamen mal español. Lo soy tan bueno y tan honrado como el que más. Amo entrañablemente á la tierra en que nací, y por lo mismo se angustia mi alma al verla en poder de extranjeritos y además destruida. Si yo creyese que les podíamos resistir, me vería usted acudir el primero á la lucha; pero, desgraciadamente, tengo la convicción de que peleando sólo atraeremos sobre ella mayores males.

—¿Y por qué no hemos de vencer?

—Imposible. Usted sabe que mientras Napoleón, el genio de la guerra dispone de un ejército numeroso y veterano, nosotros no tenemos más que algunos batallones desperdigados por ahí, algunos de ellos allá en el mar Báltico nada menos.

—Queda el paisanaje.

—Y ese, ¿qué va á hacer? ¿Cómo resistirán los paisanos con escopetas y chuzos á los aguerridos soldados de Bonaparte, á los vencedores de Marengo, de Austerlitz, de Jena?...
—Todo podría ser.

—¿Qué demencial! ¿Van á conseguir esas turbas desarrapadas lo que no lograron ejércitos tan fuertes y bien instruidos como el austriaco, y el ruso, y el prusiano?... No, amigo; créame usted; la resistencia á que algunos nos incitan es una insensatez. Los franceses ocupan casi todas nuestras fortalezas y ciudades de importancia; sus tropas dominan el territorio de la península. Ya es tarde para luchar.

—O no lo es.

—No existe proporción entre nuestras fuerzas y las suyas. Además, las dirige el genio de la guerra encarnado en ese Napoleón, ante el que doblaron la cerviz reyes, príncipes y pueblos. ¡Pobres de nosotros!

—¿Pobre quizás de él!

—Recuerda usted lo ocurrido aquí el 2 de Mayo? ¿Qué logró el pueblo con todo su heroísmo? Matar algunos franceses, pero sucumbir al fin, y hacer que el número de las víctimas se triplicase con los infelices fusilados por Murat.

—Y esto no pide venganza?

—Sí, la pide; pero somos impotentes para vengarnos. Ahí tiene usted á esos ilusos que con Castaños y Reding esperan en Sierra Morena á los veintitantos mil hombres que lleva Dupont, el impetuoso é invencible Dupont. No son los nuestros muchos más, y en su mayoría reclutas ó voluntarios sin vestir ni uniformar...

—Pues hoy han corrido rumores de que en Bailén han derrotado nuestros generales á Dupont, haciéndole prisionero con todas sus tropas.

—¿Qué atrocidad! Eso no puede ser. ¡Ojalá lo fuera!; pero no nos dará Dios tanta suerte.

Noventa años después.

—¿Qué tal, cómo estamos, amigo Robledón; qué se dice de nuevo?

—Pues que los yanquis se empeñan en que les rompamos el alma, querido Borrajín.

—O en rompémosla á nosotros.

—Eso está por ver.

—Pero, venga usted acá, hombre de Dios. ¿Cree usted posible la lucha entre España y los Estados Unidos? ¿No se hace usted cargo de la diferencia que existe entre ambas naciones?

—No importa.

—¿Cómo que no importa? Ellos, 65 millones de habitantes; nosotros, 17; ellos, una industria, un comercio, y por lo tanto, una riqueza diez veces mayor, proporcionalmente, que la nuestra; ellos una marina de guerra más numerosa y fuerte; ellos á pocas leguas de las Antillas, y nosotros á muchas; ellos con el apoyo de los guajiros y negros cubanos; nosotros con su enemistad. Créame usted á mí, no hay resistencia posible.

—¿De modo que hemos de sucumbir y darles la razón?

—No; razón no tienen; toda es nuestra; el derecho más absoluto nos asiste; pero ya sabe usted, Bismark lo ha dicho, *la force prime le droit*: la fuerza se antepone al derecho. Ellos son más fuertes que nosotros; les da el antojo de robarnos á Cuba, nos la robarán.

—Pues eso es lo que debemos impedir.

—Pero no podemos. Si va usted por los montes de Toledo y le salen siete bandidos, *debe* usted no dejarse desbaliar; pero como son más que usted, lo desbaliarán y le tiene más cuenta no resistir, porque si así lo hace tal vez salvará la vida, que de otro modo pelagra seguramente.

—¿Y el honor nacional?

—¿Y el honor de usted? ¿Padecerá porque le haya robado una partida de bandoleros?

Si usted ganó antes fama de caballero y de valiente, nadie dudará de su valor porque no les entregue la piel en lucha desigual por salvar la bolsa.

—No sé como le oigo á usted con paciencia. ¿Y usted es español?

—Sí, y buen español, y amo mucho á mi patria, y creo que la mejor prueba que puedo darle de amor, es evitar que caigan sobre ella mayores desdichas. Bastantes le cayeron. ¿Y todo por qué? Por conservar una isla que maldito para lo que nos sirve, pues no nos cuesta más que disgustos y dinero, amén de la fama de bárbaros y crueles que, para justificar su rebelión, nos han dado esos sinvergüenzas de separatistas, que sólo buscan mangonear allí y comerse la riqueza de sus conciudadanos. ¡Ojalá se la lleven los yanquis, que en el pecado tendrán los cubanitos la penitencia!...

—Pare usted un poco el carro, que parece usted una máquina de hablar. ¿Sabe usted lo que yo digo por mi parte? Que tendrá usted mucha razón, muchísima, toda la que usted quiera; pero que si los españoles pensáramos todos así, dejaríamos de ser como somos, y á la relativa ruina material en que vivimos se uniría la ruina moral más tremenda.

Discurriendo de ese modo, al ceder sin lucha nuestra soberanía sobre el territorio que nos disputan los yanquis, renunciaríamos á conservar los demás que hoy poseemos en aquellas y en otras regiones y hasta á la independencia de la Península.

Usted y los que como usted piensan, serán los sensatos, y yo y los míos unos locos; esa disputa sostenían también nuestros abuelos hace noventa años y aquella gran locura nos hizo no sólo conservar nuestra nacionalidad, sino dar el ejemplo para que Europa entera derribase al gran coloso.

J. LAPOULIDE.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.